

Jerezanos * * * *

* * Escarchados

— POR —

PEREZ Y PEREZ



PRECIO: UNA PESETA

JEREZANOS ESCARCHADOS

POR EL

Almo. Sr. D. Manuel M. Pérez y Pérez

Capellán de Honor y Predicador de S. M.

Licenciado en Sagrada Teología,

Canónigo por oposición de la R. é I. I. Colegial

y Socio del

Tercer Congreso Católico Español.



MIGUEL HOMERO

AÑO 1913.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MANUEL MARTÍN

JOSÉ LUIS DíEZ, 7.—JEREZ.

Todas las semblanzas contenidas en este libro han sido publicadas con censura y licencia de la Autoridad Eclesiástica en *El Propagandista*, de Jerez; *Adalid Seráfico*, de Sevilla, y *Lectura Dominical*, de Madrid.

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CARTA PRÓLOGO

*Ilmo. Sr. Ldo. D. Manuel M.^a Pérez y Pérez,
Canónigo y Capellán de honor de S. M.*

Mi querido amigo. Me encargas escriba á tus JEREZANOS ESCARCHADOS, un Prólogo en el cual presente tu obra y en verdad que me colocas en el mayor conflicto posible. Aparte de la honra que me dispensas considerándome al nivel de los buenos literatos, de lo cual no puedo envanecerme, aunque te lo agradezca muy mucho, temo á los envidiosillos, los que saldrán diciendo y no sin fundamento, que á mí quién me presenta; otros añadirán por cebarse más en mí aunque tu no seas santo de sus devociones, y tampoco errarán en ello, que los papeles están trocados.

De todos modos, sea lo que fuere, espero que los lectores de tu obrita, más

benévolos que severos, hagan suya esta epístola desde su principio hasta la firma, y como los hechos no pueden negarse, á pesar de la fraternal amistad que nos une, me atenderé tan sólo á ellos.

JEREZANOS ESCARCHADOS, es una obrita de caracter histórico, por tratarse en ella de individuos que existieron y de alguno que aun vive, resultando todos ellos fotografiados con exactitud matemática; la exposición de sus hechos es clara, limpia, primorosa, no desprovista del andaluz gracejo; toda ella està trazada con aquella difícil facilidad que hace á quienes la poseen, digan en sus escritos cuanto decir quieren, del modo que lo desean y no más ni menos. Los biografiados, si bién de la màs modesta clase social, se hicieron célebres en nuestra hermosa y querida Jerez; muchos de los que vivimos los recordamos y si bien tuvieron defectos como todos los humanos, fueron estos resultado de flaquezas, nunca de anidar en sus corazones innobles ni bajos sentimientos.

Por último, el autor, con su trabajo y las dotes que Dios le tuvo á bien otorgar,

es reconocido por todos aquellos á quienes no corroe sus entrañas la asquerosa pasión de la envidia, como orador excelente, escritor correcto, de imaginación viva, de natural gracejo y que dice siempre lo que siente sin adulaciones ni agasajos.

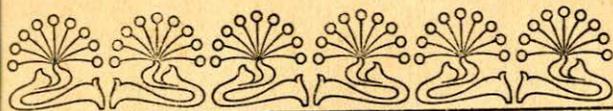
Creo que basta ya de prólogo y si abusé de tu bondad, perdóname, lector amable; si por el contrario no te causé molestia, ten presente que en ambos casos se ofrece por tu servidor y amigo que te desea leas mucho bueno y nada malo, tu C.ⁿ

Ldo. José Bortas Cáliz,

BENEFICIADO.

Jerez: Enero de 1913.





CANTINA

Jamás se conoció tipo tan original ni *sui géneris* ni que alcanzara popularidad tan extraordinaria como el que encabeza estas líneas: frecuente ha sido hallar hombres que amaestran pájaros, domestican fieras, enseñan monos, gatos y perros, mas dedicarse á ser profesor de burros, atraerse las miradas de todos dirigiendo y hablando con su pollino, esto, estaba reservado á *Cantina*, y no creais que exajero, que no pocos son los que vieron y presenciaron sus hazañas y proezas, escucharon su voz campanuda y le vieron esgrimir su enorme vara que á manera de Talisman producía efectos maravillosos en los movimientos de su jumento: tenga la bondad de dar media vuelta á la derecha, exclamaba en actitud olím-

pica el incomparable maestro, y el burro obedecía; haga el favor de pararse, y como tocado de resorte el jumento paraba; estas y otras evoluciones fueron premiadas por algunos desocupados, con la gran insignia del galapago verde, que fijaron en el lado izquierdo de la blusa de *Cantina*, acompañándole el diploma que acreditaba sus relevantes méritos á la ciencia de Linneo.

* * *

Ni la Gran Cruz de Carlos III, ni el propio Toison de Oro hubieran producido tan grande hinchazón que cegó de tal suerte á nuestro *Cantina*, que ya se creía astro de primera magnitud, digno de la admiración de todos y acreedor á los mayores respetos.

* * *

¡Picara fortuna, diosa loca que pronto trocastes las venturas y bienandanzas del héroe y de golpe y porrazo le llevaste á devorar amar-guras sin cuento!

Tras un dolor agudo el rucio sabio pasó al *equarissage* y *Cantina* en el paroxismo del que branto recordó que en sus mocedades había suplido al bombo de una murga encontrando así

la solución, al presentarse como profesor flamante del arte divino.

* * *

Quiso el hado que á los pocos días de pertenecer al almanaque muriera uno de sus compañeros, pero en tal estado de miseria, que fué necesario entre los amigos y deudos recaudarle algunos reales, no para la viuda y huérfanos, sino para los gastos indispensables de caja y sepultura ó sitio como vulgarmente se dice en Jerez, siendo *Cantina*, como más moderno, el encargado de correr el pañuelo. Con gran asiduidad emprendió su caritativa obra, ponderando los méritos de honradez, probidad, laboriosidad y miseria en que habia muerto el *sarrosófón* del almanaque, y apenas recolectados cien reales, encontrose con un compañero á quien invitó á libar un vasuco en el tabanco de la Arboledilla..., las horas pasaban, se aproximaba el momento del sepelio y la viuda desolada, buscaba á *Cantina* para pagar en el Ayuntamiento el sitio de su difunto; ¿cuál seria su sorpresa al verlo en unión de sus amigos gastando el dinero recaudado? ¡miserable! exclamó. ¿Qué haces con ese dinero tan sagrado? Miserable, no, respondió *Cantina*, tomate esa caña, no lo permita un debé exclamó la viuda fuera de sí. ¿Has gastado en

borrachera el dinero del sitio de mi difunto? ¿El dinero del sitio?, contestó con gran trabajo *Cantina*, si tu marido no pagó casa en toda su vida; ¿quieres que la pague después de muerto?

Dios escuchó la imprecación de la infortunada viuda, dos meses después yacía *Cantina* víctima de pulmonía fulminante: había recibido con todo fervor los últimos Sacramentos, el Párroco le encomendaba el alma y le presentaba un cuadro con el Niño Dios; súbitamente se iluminaron los ojos del enfermo y haciendo un esfuerzo supremo exclamó: Padre de mi arma, y para una cosa tan seria como esta, ¿me trae Vd. un niño? Traiga Vd. un hombre de alguna edad y ya experimentao.



MACARRON

Así le llamaban señores y plebeyos, chiquillos y mujeres; alto, exhausto de carnes, cejijunto, de ojos vivos y tez cobriza; frisando en los setenta; todas las mañanas se le escuchaba por las calles de Jerez, llevando la mano á su mejilla para ahuecar más la voz:—*Coquinas é Sanluca*, terminando su pregón con un dejo parecido al final de una trasnochada y sentida saeta. Supersiticioso como buen gitano, afectaba una convulsión cuando le nombraban la *bicha*, y no continuaba su venta sin hacer tres garabatos á manera de cruz con la primera perra que cobraba.

No obstante estos antecedentes, *Macarrón* tenía devoción acendrada á la Virgen del Carmen, cuya Señora, según confesión propia, le sacaba

en palmas de todos sus apuros, llevando el bendito escapulario, que besaba con efusión, sin tener en nada las burlas y sátiras de la impiedad.

Próxima á celebrarse la renombrada feria de Caulina, recibió *Macarrón* el encargo de vender una burra maganta, llena de mataduras y con menos carne que un potaje, según él replicaba al dueño. Tales defectos no le intimidaron, antes al contrario, subido en ella emprendió el camino de Caulina por la carretera de Arcos, más orgulloso que si montara la cabalgadura del Cid ó el propio corcel de Santiago.

—¡Arre, burra!—decía *Macarrón*—que ti voy á sacá coquinas pa tres meses;—y prometiéndose un esplendido negocio cantaba en son de penteras:

En lo profundo del mar
suspírabá una alpargata,
y en sus lamentos decía:
¡sácame Perico Rata!

—¿Adónde va, señó *Macarrón*, sobre esa mañana, que viendo un puñado de cebada se desboca?—le gritaron desde una venta, donde varios chalanes escanciaban de lo barato.

—A Caulina—respondió,—á ver si le nicabo los pasnos al primer tratante, que ya tengo telarañas en el gañote.

—Pues entra y beberás un vasuco.

—Manque sean veinte—contestó *Macarrón*.

Y dejando la burra al cuidado de un muchacho, entró en un camarote de la venta de la Chchara.

—Cuéntanos algo, *Macarrón*, de tu naufragio—dijeron todos casi á una voz.

—¿También ha yegao aquí la notisia?—exclamó fingiendo molestia, al par que apuraba un vaso.—Pues, ceñó, allá va la historia:

Estos señoritos desocupaos, que no tienen en qué pensá, se alevantaron una mañana con el deseo de divertirse con el prójimo, y habiéndome cocontrao en la plaza del Arenal, me convidaron á dar un paseo en un bote en la playa de Sanlucá; como uno anda siempre sin una perra, dije para mí: anda na pierdo, lleno la barriga, y siempre cairá argún regaliyo; mos subimos en un bré, y en menos de un periquete mos ayábamos en la calle Ancha, donde los señoritos compraron jamón, queso, vino y unas cuantas latas angostas, y qué se yo qué más.

Un fuerte levante mos llenaba los ojos de tierra, y er bote se rengueaba de un lao pa otro, pa alante y pa atrás, como si fuera lleno de Caranché; pero tó fué na en comparación der barojí que se formó cuando er patrón sortó la vela: las olas mos comian, y er barco lo mismo jincaba la proa que la alevantaba hasta las nu-

bes; mal fin cojan tos ustedes, dije yo á los señoritos, que se reían de verme tan aturdido; entonces el patrón, con una jeró mu seria, dijo:

—Dentro de cinco minutos estamos toos en las entrañicas de la Eterniá.

—*Macarrón*, y ¿tú, qué hicistes?

—Pues yo, viendo que la cosa iba de veras, pedí auxilio, levanté los brazos, y viendo que nadie me socorría, comencé á gritar:

—¡A la guardia! ¡a la guardia!

Aún no había terminado *Macarrón* su emocionante relato, cuando se escuchó á la puerta del ventorro un tropel furioso acompañado de relinchos y silbidos; la góndola de Arcos, arrastrada por cuatro mulas, arrollaba y estropeaba mortalmente á la burra de *Macarrón*, que, echada en el arrecife, permanecía inmóvil en el mismo sitio que la dejaron.

Aquí fueron los apuros del desventurado gitano, sus gritos, sus visajes, lágrimas é imprecaciones. . . su desesperación; ayudado de sus camaradas logró levantarla, y sin dar las buenas noches, tirando y arrastrando como pudo, continuó su accidentado viaje á Caulina, observando que la burra se hinchaba, y quizá no llegara con vida al mercado.

No aconteció así, pues el animal, lejos de parecer moribunda, bien pudiera creerse que estaba próximo al alumbramiento; esta idea asaltó

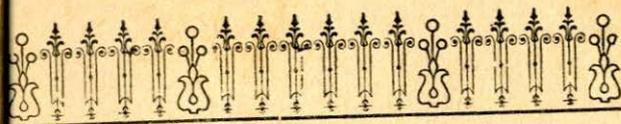
a mente de *Macarrón*, quien pronto encontró narchante, obteniendo por aquél el doble de su fingido valor, siendo adquirida por un inglés caprichoso, que pagó espléndidamente al corredor *ejusdem furfuris* de nuestro gitano.

Apenas poseedor del dinero, *Macarrón* y sus camaradas penetraron en la primera taberna para celebrar el éxito de la venta, y cuando la alegría rayaba en el entusiasmo, presentóse un eriado del inglés preguntando á *Macarrón*:

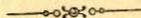
—Quiere saber mi señor qué es lo que esperas que tenga tu burra.

—Mi osté—contestó rápidamente *Macarrón*,—diga osté ar señó Mirló que lo que va á tené la burra es un quitrín, porque la ha cogio la góndola.





EL MAURO



A mi querido amigo el vetera-
no aficionado D. Iñigo Ruiz y
Pomar.

¿Lo recuerdan ustedes? ¡Vaya si lo recuerdan! Con más coleta que Lik-Lok ministro del Mikado los hombros tanjentes á las orejas, colgando de los tirantes y con más postín que Domínguez y Redondo.

Algunos dijeron que tenía dos corazones, no faltó quién asegurara que se le alojaba al lado derecho de la cavidad torácica y todos convenían en que si el valor hubiera respondido al cartel que se daba, *el Mauro* hubiera eclipsado las inmortales largas de *Lagartijo*, los soberbios volapiés de *Frasuelo* y los esculturales quiebros del

Gordito, porque su gallardía torera alcanzó tal popularidad que los chiquillos cantaban:

Torero banderillero
Ninguno como *el Maúro*
Si no fuera pinturero.

* * *

Pero la diosa loca en vez de acariciarle, no le otorgó las tres condiciones que pide *Cúchares* en su *Tauromaquia* (1) aunque él aseguraba que lo misma cambiaba tres pares en el testuz de un miureño, que agarraba una corta en *el rubio* haciendo rodar al toro como una pelota.

Sucedió que esos jaleadores desocupados que hicieron creer al exclaustro carmelita (Padre Briosso, cuya voz parecía un cerrojo sin aceite) que podía competir con Gayarre, y al figaro poeta (Baturones) que escribía mejores versos que Espronceda, (no obstante que los media con una caña), esos mismos crueles aduladores, llevaron al precipicio á nuestro torero, haciendo figurar su nombre, para matar el *toro del aguardiente* el día de San Juan Bautista: ni que decir tiene los paseos que dió por la calle Larga el veintitres de Junio fumándose una tagarnina capaz de hacer expectorar á la estatua de la Tornería y de arrancarle lágrimas al cimborrio

(1) Valor, agilidad, adorno.

de la Colegial, *el Maúro* en el delirio de su engreida afición concedía sonrisas y apretaba las manos al pelotón de admiradores (?) que le presajaban ovación y oreja, sombreros y cigarrros, música y vuelta al ruedo.

La noche pasó veloz para nuestro héroe y un día espléndido presentóse; la gente se apiñaba por la calle Zaragoza y la plaza jerezana viose llena de alegres muchachas con sus vestiditos de percal almidonado, sus zapatitos de charol, su mantón de espuma y su imprescindible abanico de calañas de esos que se le cae el papel y queda la caña, acompañadas de sus padres, hermanos, novios y demás familias; yo aprovechando que mi padre está en el palco de ganaderos para presidir la tiente de caballos y el encierro, entro sin billete.

—¿A quién le hago torero?—Pregonan en los tendidos, enseñando un botijo lleno de *caramanché*, en la seguridad que á la quinta caña, no hay quien resista á la afición sin arrojarse á la candente, digo á la fresca arena (I).

—No *arrempujá*—me dice una mujer que parece un catafalco al par que me suelta un eructo caliente que me deja sin resuello y con un *jeó* á mineral que me pican los ojos.

—Quien no tiene que empujar es usted, so

(1) Son las 7 de la mañana.

apestosa, con toda la cara de un zapato de vendimia.

—¿Osté sabe quién soy yo?

—Ni repijotera falta que me hace.

—Pues yo soy la suegra del maestro de chiqueros.

—Lo mismito que si me dijera usted la *Tuerta Choriza*.

—Antoniooooo, Antoniooooo,—grita la mujer contrayendo la laringe como un tren descarrilado y rompiéndome el tímpano.

—¡Dios mio! ¿Qué va á ser de mí?—¿Señora, que va usted á hacer conmigo? Mire usted que mañana me examino de Física y deseguida me meto en el Seminario.

—En la casilla, es donde lo van á osté á meter ahora mismo, pero con *toa* la *jerò* como un *deseo-mo*, *der guantaso* que le va á osté á *arrimà* mi yerno.

—¿Su yerno el maestro de chiqueros? ¿El que rompió el cerrojo de los Diezmos de un puñetazo?—Esta amenaza me produce efectos diuréticos: se sucede un murmullo que degenera en gritería ensordecedora, el comandante Gómez se presenta en el palco de Ganaderos, hace el despejo la cuadrilla del *Mauro*, la gente del tendido bajo se pone de pié y yo usando de los idem, me libro de una hecatombe, plantándome en la azotea donde me doy de cara con el Catedrático

de Historia Natural que mirándome por cima de las gafas, me dice: ¿Así aprovecha usted el tiempo? Pasado mañana nos veremos... lo que me parece ver es á Rota con toda sus producciones.

El torucho que pisa la arena aunque escueto de libras corre más que un sangrador, responde por *Bonaparte*, trae más madera que un andamio, derrota en los tercios y manda á los espacios siderales un esportón de avellanas catalanas. *El Mauro* desde dentro de una valla medio exánime y con una jindama que le hace sudar, exclama:

—¡¡Llévame lo al palco del presidente, Juan!;

—¡¡Que salga *el Mauro*—grita desafortado *el respetable*.

—Traelo á la valla de D. Iñigo,—vuelve á mandar el matador sin salir del burladero. Con gran trabajo porque el toro buscaba la querencia de salida, lo acarrean.

—So maleta, vayase usted á apagar velas, á la casilla, dicen otros.

—Juan, ponlo á la sombra.

—Ya lo tienes á la sombra *malaora* ¿qué quiere que *jaga* más, mal fin cojan tus infundios?

—Que me lo pongas debajo de la música.

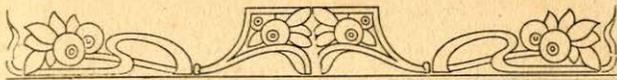
—¿Y ahora donde quieres que te lo ponga gran *caño*?...

—Pues ponlo... ponlo... ponlo donde yo no lo

vea, contesto *el Maúro* ya sin circulación, frío como un sapo, viendo el *hule*, la sala de San Vicente, la toca de Sor Tomasa, la tirilla de don Manuel *el platicante*, el balandrán del Padre Jacinto y la piedra de auptosia.

—¡Que salga un *civil*!—decía *el Maúro*—y mientras los mansos conducían al *Bonaparte*, una lluvia de botellas, alpargatas, higos y hasta botijos cayeron sobre el redondel, bronca fenomenal y pita descabezante, coreaban al pobre *Maúro*, que entre dos guardias atravesaba la plaza conducido para la casilla, no sin antes cortarle la coleta con una faca mellada y enmohecida. Desde aquella mañana repitese esta copleja en Jerez.

Permita Dios que te veas
Como cuando dijo *el Maúro*
»Ponlo donde no lo vea »



TRIGUITO

En la tierra del vino ha sido sin disputa el mayor de todos los borrachos, más que *Alonsón* y *Piel de Viñas*, más que el *Tinajero* y que *D. Miguel*, el liliputiense que hoy aparece en esta galería *escarchada*; coleccionar las jumeras de *Triguito*, referir sus hazañas bajo la influencia del vino, difícilísimo: haremos algo que traiga á la memoria su figura, que evoque el recuerdo de su voz metálica, que traiga á nuestra memoria su tono abigarrado, descompuesto, alcohólico.

¿Su domicilio? se ignora; ¿su constante paradero? el Colmado, célebre taberna y restaurant, de Jerez; allí estaba siempre asíduo y fervoroso adorador de Baco.

* * *

Cierta noche encontróle el sereno en la calle

Porvenir, dormido sobre la acera y después de despertarle le mandó marchase á su casa; *Triguito* anduvo unos cuantos pasos y volvió á su sopor, nuevamente le instó el sereno y á los pocos metros acostóse otra vez hasta que á la tercera, preguntó al guarda nocturno, oye ¿tú eres el sereno de tó Jerez?—anda *Triguito* para adelante y dime donde vives,—¿qué donde vivo? pues en la plaza del Arenal, con gran trabajo y casi arrastrando lo llevó el sereno y cuando hubieron llegado, sentose en un pollete y acostándose tranquilamente exclamó, cierra la ventana: el frio de la madrugada de Enero le despertó y al encontrarse otro *ejusdem furfuris*, no sabiendo la hora que era, hubo de preguntarle, oiga usted, compadre, esto que está alumbrando ¿es el Sol ú la Luna?—amigo yo soy forastero y no le puedo responder.

* * *

Efecto de una de sus mayores pítimas, yacia tendido junto al puente de la calle Arcos, devolviendo en abundancia y con grandes sollozos decía, ¡qué dolor del jamoncito y del queso que me costó dos pesetas! ¡qué dolor de las aceitunas que me comí en el Colmado! y que doló de las sardinas arenques que compré en el puesto de Fidé!; acertó un perro á acercarsele y al verle

muy de cerca exclamó, ahora si que no me acuerdo yo donde me comí este perrito.

* * *

No faltan desocupados que buscan soláz y divertimento aun á costa de la desgracia ajena, encontrando en *Triguito* sujeto para ello á este fin, despues de hacerle beber vino, coñac y aguardiente, hasta no poder más le vistieron un traje negro, quitaronle los zapatos, afeitaron su cabeza y de percalina le hicieron una capucha... *Triguito* dormía... roncaba... rascábase de cuando en cuando... mas al despertar, cuando se vió, lleno de espanto, asustado de sí mismo, llamó con estentoreas voces gritando, ¡socorro! ¿Qué te pasa *Triguito*?—le preguntó uno de los de marras—mira... llegate al Colmao, pregunta si está allí *Triguito*, si no está soy yo, y si está, entonces... entonces, yo no se quien soy.

La pobre esposa predicaba en *Triguito* como en un desierto, no recibiendo más contestación que esta: no te apures mujer que si una puerta se cierra ciento se atrancan.

* * *

Una noche los vecinos de la casilla no podían dormir; con el corazón encogido y pasada el

alma como la alpaca escuchando los gemidos de *Triguito* que lloraba á moco tendido sin hallar consuelo en sus consortes de prisión, ¿porqué lloras tanto *Triguito*? preguntole un guardia.

¿No quieres que llores (contestó sollozando) si soy el hombre más desgraciado que pare madre?—¿porqué dice eso? ¿qué te pasa? pues... que me ha traído á la casilla el sereno más feo de Jerez, y el sereno era Lucas.



PAQUIRRI

Profano en letras, era el primer vendimiador que concurría á la riente *Albarizuela*: así es, que los capataces, se disputaban á *Paquirri*, como al gordo de Navidad apenas llegaba la recolección: corría el año mil ochocientos, antes que la filoxera devastara el célebre viñedo jerezano, y con botitos de charol, atuzadas patillas de *boca de hacha* y guapamente subido en la clásica cale-sa, dirigíase nuestro viticultor (como ahora se dice) á una viña del pago de *Cantarranas*, predio que siempre produjo el caldo fino, que con razón fué llamado en el teatro oro y que supo llenar de ídem las arcas de nuestros antepasados: *Paquirri* solo ansiaba mejorar su situación, dar carrera á su hijo á quien anhelaba redimir de

la soleta; esta era su única pesadilla y escepción hecha de alguna caña de más, bien podía presentarse como el más acabado modelo de laboriosidad y honradez...

* * *

Pasó el tiempo de la vendimia, *Paquirri* entraba por la plaza de Orellana con muchos columnarios en el cinto y después de libar sendos vasos en la tienda de *Panè*, dirigiase con decisión á su casa, cuando se detuvo al escuchar las hermosas trompetas del órgano que acompañaba las segundas vísperas del príncipe de las milicias celestiales, cuya fiesta celebrábase á la sazón: penetró en el sin par templo de San Miguel, atravesó como pudo el crucero y quedó atónito ante el altar portátil donde se exponía el bellissimo Arcángel, con su cimera de plata y en actitud de herir al soberbio Luzbel, llevando en la otra mano el conocido *¿Quis sicut Deus?* ¿Quién como Dios?

Sintiose enternecido ante aquel *Santo*, que oprimido por el peso del celestial jerarca vivía en horrible tortura y siempre amenazado de ser herido por acerada flecha y casi sin darse cuenta hincóse de rodillas rezándole un Padre Nuestro, lleno de compasión: muy satisfecho de su altruismo, llegó á su hogar, besó á su hijo y

á su mujer, contó el dinero, comió con su acostumbrado apetito y cayó en la cama, presa del más profundo sueño: no habían transcurrido cinco minutos cuando le asaltó una felicísima pesadilla: el *Santo* á quien él había rezado, con rostro sonriente le decía: «*Paquirri*, eres el primer hombre que me ha invocado con el Padre nuestro y yo vengo á pagarte tu buena acción para conmigo, satisfechas están tus ansias, terminadas tus congojas, desde este momento te verás libre del trabajo y ese ser á quien adoras le has de ver ceñir el fagín del General, la Mitra del Obispo ó lo Toga del Magistrado, serás llevado en lujosos trenes, tu mujer será saludada como gran señora y en una palabra, la dicha y la felicidad ya se ciernen sobre tí pues soy *buen pagador*.»

«Apóyate en mi ala, vuela conmigo, también tu asno, ven..... ¿Ves esta dilatada llanura agreste y sin vegetación? cava en ella... Todo ese tesoro es para tí.» *Paquirri* llenaba ambos lados del serón con onzas de oro, medias onzas, peluconas, monedas de cinco duros y hasta con kilos de billetes del Banco de España, de Londres, y de París; su alegría rayaba en locura y cuando observaba que su jumento no podía ya con tanto oro, descubrió que aún quedaba mucho mas dineo allí; volvió la tierra sobre el hoyo, la apisonó como pudo y exclamó: volveré á

Jerez, dejaré este dinero en mi casa y vendré de nuevo por el resto ¡¡arre borrico!! ¿Mas como daré luego con el sitio? ¿Que señal pondré? Si pongo mi sombrero el viento se lo llevará, si clavo la vara, puede infundir sospecha y otro cargará con el tesoro ¿que haré? El vinillo fino que *Paquirri* había ingerido juntamente con el caldo del gazpacho corría más abajo de su estómago y su mismo vientre con imperiosa necesidad de evacuar le ofrecían una seña, evidente para él, desapercibida para cualquier transeunte. *Paquirri* apretaba..., apretaba con todas sus fuerzas...

.

—¡Padre mío de la Puerta Real, que me *ajogo!* gritó su mujer llena de una cosa, cuyo nombre se sabe aunque se calla—¿Qué te pasa que estamos hasta las *trancas?*—Y *Paquirri* todavía en el paroxismo de su dicha, descompuesto y nervioso, cogía puñados de lo mismo y como si fueran billetes, unas veces los colocaba en el seno y otras en la cara de su mujer, que escupía hasta en el techo.

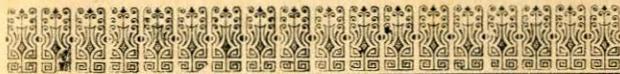
—No, el sombrero no, ni la vara,—decía *Paquirri*,—esto es lo mejor y le asestaba otra pellada en los ojos á su cara mitad...

—¡¡Dios mio que se ha vuelto loco!! ¡¡Soco-

rro!!—Sollozaba la infeliz mujer ya casi dorada á fuego ..

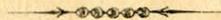
Cuando *Paquirri* despertóse esto fué lo único que sacó del Padre Nuestro que había rezado á la peana de San Miguel, que *así paga el diablo á quien bien te sirve.*





CIRINEO

(HISTÓRICO)



—¡Que se muere *Cirineo!*—Así exclamaba una cobriza canastera, al mismo tiempo que tiraba del llamador de los Santos Sacramentos en la Vicaría de la Yedra.

—Vamos, señora—contestó al momento *Pío IX* ⁽¹⁾ cubriéndose con la bufanda y alumbrando con un gran farol al sacerdote.

—Pero, padre de mi alma ¿vamos á cazá pájaros?

—¡Calle y ande!—repuso el Vicario D. Miguel Muñoz y Espinosa, tratando de ocultar el rostro al afilado norte del 22 de Enero.

Con vertiginoso paso llegaron á la calle del Acebuche, y en el primer patio de una de las casas, una mujer, descompuesta y llorosa, dijo al coadjutor:

—Padre de mi alma, el pobrecito *Cirineo* se

(1) Antiguo sacristán de la Yedra.

muere... Es el correó de bestias más honrao de Jeré, y por mor de su oficio, ha cogio una purmonía, que cuando tose, parece su pecho una sala vacía, er pelo se le ha queao como er forro de un baú, y sus esputos son...

—Pero ¿donde está?—preguntaba impaciente el Vicario.

—Párese V., padre. Mire usted: si se pone bueno, yo le tengo ofresio un hábito á la Virgen del Carmen, tres credos á cada potencia del Señor de la Puerta Real, una cuarta de aceite á San Espejito, que él vaya escarzo á la procesión de la Virgen de la Soledá que sale de la Victoria, y...

—Basta ya, señora, y vamos al enfermo, que le traigo la salud de su alma y del cuerpo si le conviene

Con gran dificultad pudo abrir paso *Pio IX* entre la multitud que rodeaba el lecho de *Cirineo* y después de no pocos esfuerzos para despojar la estrecha alcoba, quedaron solos el sacerdote y el enfermo.

* * *

Terminada la confesión, administrósele el Santo Oleo, vista la imposibilidad de darle el Santo Viático, por la tos continua.

—¡Animo, y mucha confianza en la Santísima Virgen,—dijo el sacerdote—que es Madre de los

afigidos y salud de los enfermos; y hasta mañana, que ya vendré á visitarlo!—Y dejó, al partirse una limosna para el pobre enfermo.

* * *

El día siguiente la escena variaba por completo. Laura, mujer de *Cirineo*, presentábase al coadjutor más tranquila, diciéndole que, gracias á la Virgen de la Soledad, la pulmonía había hecho *erici*, y que el enfermo comía más que una lima; que cuando le llevó el malvavisco, dijo que no lo quería como no fuera migao...

—Demos gracias á Dios y á la Virgen. ¿No le dije que era salud de los enfermos? ¡Vamos á verlo!

—*Cirineo*,—exclamó, al llegar, el Vicario—¿cómo estás, hombre?

—¡Ay, padre de mi alma! ¿Qué me trajo V. ayé, que de las entrañicas é la eterniá he güerto á verle los *zacaís* á mi *gachí* y la *jeró* á mis *churumbeles*?

—Pues ¿qué te iba á traer? La salvación para tu alma y la salud para tu cuerpo.

—Ya lo decía yo, cuando V. me decía lo que eran los Santos Sacramentos. Pero, siéntese V. padre... haga V. el favó de sentarse, manque sea en ese banquillo, que le voy á contá lo que pasó. Serían como las dos de la madrugada, cuando sentí

unas fatigas que me daban y no me daban; rompí á sudá, como una alcarraza en el mes de Agosto; se me pusieron los *pinreles* como una fragua, y sentí la cabeza tan espejá, que empecé á ajustá las cuentas del úrtimo corretaje. Mi Laura, cuando vió que hablaba solo, se creyó que se me habia díó er sentío, y empezó á llamá á toitos los vecinos, á ve si los conocía. Llega er primero y me dice: *Cirineo*, me conoces? No te he de conocé, hombre? Tu eres Jeromo el hijo de la *Lagartija*. ¿Me conoce? me pregunta otro. Si que te conozco: tú eres *Pamplina*, hermano de *Frijones*, er que vendiste la burra coja. ¿A que no me conoce? me pregunta la *Tormenta*, una vieja con más é cuatro duros... Hasta que jarto ya é tanta jaqueca, le pregunté á mi Laura: Mujé, ¿estamos en Carnavá? Porque to er que yega á la arcoba viene diciendo ¿me conoces? ¡Que se lo pregunten á un civi!

* * *

Han transcurrido tres meses, la Cofradia de Nuestra Señora de la Soledad regresa majestuosamente á su templo, tras la Cruz de guía, Senatus y estandartes, siguen más de ochenta penitentes con largas colas moradas; aparece el paso de la Cruz radiante de luces y hermosura, al pié Santa Maria Magdalena; se suceden un centenar de

cofrades con túnicas negras, rostro cubierto y con mucetas y fagines de raso morado y entre un pelotón entusiasta de hermanos mayores, incensarios, trompeteros y demandantes, el lujoso paso que estrena varales de plata, gualdrapas bordadas en oro, se asemeja á un vergel, sobre el que se destaca la peregrina y casi animada imagen de la Virgen de la Soledad; las camareras D.^a Rosario Benítez, Viuda de Reguera, D.^a Ana Reguera y D.^a Manuela Pérez de la Sierra, Viuda de Bedoya, han rivalizado en lujo y buen gusto, parece que la Virgen vá á hablar lleva sus ojos hermosísimos fijos en un clavo que oprime entre sus manos, al pasar por la calle Francos, vuelvese la Virgen para visitar el infortunio, estamos en la casa de Expósitos, las Hijas de la Caridad presididas por su venerable Superiora la angelical Sor Carmen rezan de rodillas mientras desde el balcón una de las amas canta con inenarrable sentimiento :

Virgen de la Soledad
Sois hermosa cual ninguna
Dadle vuestra bendición
A los niños de la Cuna.

La pluma no puede expresar la emoción ingente que produce esta saeta, baste decir que la autoridad de los hermanos mayores es poca para sofocar la explosión de olés y palmas que brotó de la muchedumbre, ¡¡que te pegan *Ciri-*

neol! exclama un celador, dirigiéndose á un penitente que camina descalzo tras el paso de la Virgen; no ha aceptado descanso ni refrigerio... llegamos por fin á la Cruz de la Victoria, donde se agolpan millares de fieles para dar el adiós á su idolatrada Soledad, el Presidente en estos momentos no se cambia por el Arzobispo de Toledo, sube al balcón y con el alma en los labios y el corazón en la palabra, dice: Católicos.....

«Sonaron las tres de la tarde, esa hora que no se escucha sin lágrimas en los ojos, sin mordisqueo en la conciencia, toda vez que no hay quien esté exento de participación en el sangriento deicidio que se ha consumado sobre los breñales del Gólgota y que es al mismo tiempo la Redención de la humanidad verificada por el Hombre-Dios á costa de sufrimientos inenarrables: obra de tal entidad, que en expresión del gran Agustín hizo hablar aún á los mudos elementos: en ella terminaron los dolores y afrentas de Jesús y con ella comenzó una pasión especialísima, la más inocente, la más bella de las criaturas. Vedla ¡qué hermosa es! en su obsequio brotaron los almendros y perfumó nuestras calles el azahar de los naranjos, brillan sus ojos como los luceros de la mañana, azucenas parecen sus mejillas, llena de dolor, bañada de sudor frío, no tiene quien la consuele en su triste y amarga Soledad: es, mis hermanos, que sufre el martirio del alma;



la Soledad reviste una crueldad particularísima para la mujer, porque ella cuando vino al mundo ya era esperada por su amante compañero. De María vaticinaron los divinos oráculos, por eso se llama Reina de los Profetas. Ella confesó como nadie a Jesucristo en presencia de los hombres, así Dios la coronó Reina de los Confesores; pero había de asentar su trono más arriba, sobre los mártires: ved por qué su espíritu fué probado, cual oro en el crisol.

Pocos momentos nos quedan de estar en presencia de nuestra Madre que es al mismo tiempo la Reina del cielo y de la tierra. Y si es de Reinas conceder mercedes, justo es que tú, Soberana Señora, escuches propicia la oración ferviente que el pueblo jerezano te dirige. ¡Dios te salve! Madre de misericordia, eres nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza; desterrados en este valle de lágrimas, á tí llamamos desde la postración en que vivimos: ea, pues, Señora abogada nuestra, vuelve tus ojos misericordiosos á la nación de Otumba y de Lepanto, de Bailén y de San Quintín. ¡Madre idolatrada! vuelve tus ojos misericordiosos á tu querida Ciudad de Jerez de la Frontera, pero de un modo especial á este católico barrio de la Victoria que tanto te ama: jamás, Señora, supe lo que era orgullo hasta que llegó esta noche bendita, porque si llena de gozo el corazón de un hijo el homenaje de amor que

se tributa á su madre, yo me siento dichoso en este balcón al verte aclamada y bendecida por tantos amantes corazones; aquí, Madre querida, no hay distinción de clases, aquí no hay pobres ni ricos, aquí no hay más que hermanos pecadores que nos cobijamos bajo tu hermoso manto.

.

Pero si somos felices, hay quien sufre mucho, hay quien llora, sí ¡vuelve tus ojos misericordiosos! á los pobrecitos que gimen en el hospital y á los que arrepentidos lloran sus crímenes tras los muros de una cárcel. ¡Madre idolatrada! tú sabes las gracias que has concedido al atravesar las calles y plazas de nuestra incomparable Jerez: concédenos un año más de vida para adorarte de nuevo. ¡Vuelve tus ojos misericordiosos! allende el estrecho donde vierten su sangre y entre el humo de la pólvora y el crugir de la cureña te invocan. ¡Madre mía! cofrades tuyos que en otros años te acompañaron aquí. Mira propicia al honrado obrero de la Cruz de la Victoria, no permitas que sienta escasez en su hogar para llevar el sustento al hijo de sus entrañas, y últimamente vuelve tus ojos á la eternidad y aquellos que te bendijeron y ya no existen, si sufren en la expiación, sea este el momento en que gocen de la felicidad eterna. ¡Madre idolatrada! ¡Hermosísima Nazarena! socórrenos en nuestras necesidades, sé nuestro consuelo en los

contratiempos de la vida y en el terrible trance de la muerte ven á nuestro lecho, enjuga nuestras lágrimas, seca el sudor frío de nuestra frente, cierra nuestros ojos cúbrenos con tu manto y llévanos á ser felices contigo por toda la eternidad. AMEN.»

* * *

Un murmullo se sucede ensordecedor; el paso se acerca á los umbrales; la banda se dispone á tocar la marcha real, y el penitente, aprovechando la expectación, canta con bien timbrada voz y entonación gitana:

Concédele á tu Hermandad,
Que te alaba en la Victoria,
Que también lo haga en la gloria,
Virgen de la Soledad.

—¡Bien por *Cirineo*!

—¡No iba á cantá con ganas; si he tenio que veni cazi del otro mundo?





SOLANO

Me preguntarán los lectores amables, ¿porqué entra aquí Pepe Solano, en la galería de *Jerezanos Escarchados*? es quizás ¿idiota? ¿beodo? ¿innoble? Nada de eso, todo lo contrario; es honrado, bondadoso, excelente padre de familia... pero como estudiante..... como Seminarista, formó época y su curso se llamó el curso de Solano; nadie le quiere mal por que es inofensivo, sus mismos condiscipulos, unos Canónigos, Párrocos otros, sienten compasión al verle ocupar el modesto cargo de mozo de coro en la Colegial de Jerez, porque eso sí, católico es Pepe hasta la médula de los huesos, y tiene la sangre de aquél Solano jerezano que supo legar unos cuantos miles de duros para el altar mayor de nuestra Basílica.

Mucho hay que contar de Pepe, su semblanza

se tiene que parecer á él sin orden ni concierto. ¿Empezaremos por el Seminario? pues allá vá. ¿Fué Solano un estudiante corriente ó adocinado? fué un héroe, pues así se debe llamar al que se le pasan los nueve meses del curso sin mirar ni una vez al libro, con los codos fijos en la mesa pensando en... eso él lo sabe; fué su nota característica la confección de gamboas, con que aturdía á los chiquitines de los primeros años. «En Jerez hay Obispo,—les decía,—el palacio es la casa de Domecq; en Jerez visten los Canónigos de *colorao*, preguntárselo á Pérez;» en clase levántose una vez para acusar á un compañero que le molestaba y dirigiéndose al profesor le dijo: «D. José este niño me está diciendo *cozas*,» —¿pero que te dice? preguntó el Catedrático,— «*cozas*, respondió Solano.»

Tiene tanta afición á fumar que más de una vez preguntado por el destino que iba á dar á la herencia de su tío, exclamó, «la voy á gastar en *tabaco*.»

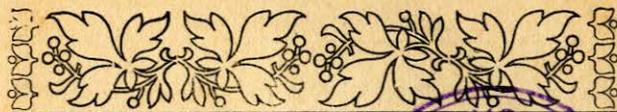
* * *

Cierto día hablando con un compañero suyo Presidente de una Hermandad, y comentando la necesidad de restaurar los pasos, le dijo; «no te apures Manuel, que yo tengo que tomar más de *veinte mil duros* y en el momento que los cobre

nos vamos á Sevilla para encargarnos unas andas de lujo, ya vez, ¿qué me importarán gastarme *dos mil pesetas*...? dame un cigarro...» De estas hay que referir centenares, pero hay una que le inmortalizó y que demuestra bién claramente las salidas que para todo tiene y que no se apura en barras: es el caso, que varios estudiantes del Seminario improvisaban pasados los días de Semana Santa, un almuerzo en el cuarto del que estas líneas escribe; encendida la maquinilla, hervía la manteca sobre la que saltaban sendos trozos de lomo que revueltos con huevos ofrecían un plato exquisito, no faltando para desengrazar sus correspondientes vasos de Jerez, á la fritada sucedió una tortilla de espárragos con arecones, (residuos de la cuaresma) que con tanto amor enviaba en la consabida arquilla aquel padre idolatrado: en medio de la zaragata y del temor de ser sorprendidos, se terminaba con un trozo de queso y al concluir, al liar el cigarro, ¡oh contrarierad! se había olvidado el café; todos eran denuestos para mí, para el anfitrión que daba cuanto tenía, la omisión era imperdonable, no hay que apurarse, señores, ya está aquí el café; salí del cuarto y llegando á la ventana de Solano, le dije, toma este cigarro, ve á la galería de Pilatos y dile á Manolito Cubero que te dé un puñado de café como para cinco, «voy corriendo, contestó Solano;» volví henchido de satisfacción

por haber conjurado el conflicto y cuando el agua hervía, se nos helaba la sangre viendo venir al Vice-Rector, á D. Manuel Rodriguez, que nos iba á cojer infraganti, con las manos en la masa, Pepe Cáceres y Maldonado, ocultáronse debajo de la cama, Correa, detrás de la puerta, Blas en la percha tapado con la colcha y yo haciendo que estudiaba, con mil pulsaciones por segundo; de pronto se oye este diálogo.

¿A donde vá V. Sr. Solano? «á mi cuarto,» ¿qué lleva V. ahí en la mano? «arenilla,» ¿á ver? esto es café—esto es arenilla—yo mismo le voy á encerrar; la campana oportunamente tocando á recreación, nos libró de una monumental filípica del flamante Vice-Rector y de quince días de encerrona.



PANCHITO BLANCO

Mucho vestía en los tiempos de Maricastaña tener un criado, mejor dicho un siervo color de ébano. pescado en la manigua y empaquetado en barra; D. Homobono, hacendado opulento de Jerez, que labraba tres cortijos, poseía siete viñas y apaleaba las onzas, no podía en manera alguna prescindir de este lujo, así es que apenas diose cuenta de la imperiosa moda, apresurose á dar gusto á su consorte Paz, encargando á la Antilla el deseado negrito.

* * *

Ni que decir tiene el alborozo que en la casa-palacio se produjo á la llegada del correo de la Habana, el primor de la bellísima Caridad hija de nuestro prócer, ataviando con vivos colores á *Panchito*, á fin de que llamara la atención ya en la portería, ya en el pescante, ya en fin en el mercado de abastos.

Pronto el novel habanero se hacía el chiquitín de la casa, pues aunque su físico dejaba mucho que desear, en cambio sus condiciones morales le recomendaban en gran manera, fino, cortés, honrado y pundonoroso, jamás mereció la más leve reprensión, fervorosísimo en sus deberes religiosos, antes de ir al mercado oía con toda devoción la santa misa, rezaba con los demás criados el rosario y confesaba y comulgaba con frecuencia.

* * *

No en balde dicen los adagios antiguos que quien con lobos anda á ahuyar se enseña y dime con quien andas y te diré quién eres; los compañeros de *Pancho* unas veces le obsequiaban, otras le introducían en la taberna, algunas veces le llevaban de picos pardos y no pocas le desafiaban, consiguiendo irle desfigurando de tal modo, que ejemplo de seriedad y honradez comenzaba ya el plano inclinado que de la disipación con-

duce al vicio; esto que fué observado por D. Homobono, determinó que el negrito después de una solemne filípica se le mandara á confesar, buscando así un sincero arrepentimiento y una eficaz enmienda de sus desmanes. *Panchito* obedeció pronto y el primer Viernes se presentó en el convento del Carmen dispuesto á hacer una fervorosa confesión; fué minuciosamente escudriñando la Iglesia y al ver un padre muy grave sentado en su confesonario, hincose de rodillas y comenzó su confesión del siguiente modo: Acusome Padre, que todo es mentira; ¿qué dices hijo? ¿sabes lo que has dicho? á ver explícate, contestó el confesor, sí, Padre, contestó *Panchito*, todo es mentira... verá Vd. mi amo se llama D. Homobono y es más malo que la grama, mi Señora se llama D.^a Paz y no hay paciencia que la resista, mi Señorita se llama D.^a Caridad y no le da una limosna ni á su padre, la cocinera se llama D.^a Restituta y lleva una mano por el cielo, otra por el suelo, la boca abierta y un gancho en la espalda, el portero se llama Antonio Obeso y tiene menos carne que un potaje, en cambio el mozo de comedor se llama Juan Delgado y es más gordo que un bocoy, el superior de los Jesuitas se llama el Padre Cabello y tiene la cabeza como la palma de la mano, y el maestro de escuela se llama D. Andrés Calvo y le nace el pelo encima de las cejas, la maestra de

piano se llama D.^a Salud y se pasa medio año en cama, el capataz se llama Antonio Pequeño y es más largo que un día de ayuno, la maestra de baile se llama Gertrudis Alegre y no para de llorar por su difunto esposo, el manijero se llama Fernando Castillo y no me llega á mi á las rodillas, yo me llamo Panchito Blanco y ya ve Vd. Padre, soy más negro que el cordobán.

Pues hijo, replicó el confesor, tienes razón, que todo en este mundo es mentira, que yo me llamo el Padre Carrera y no puedo dar un paso; pero tan cierto como es que todo es mentira y vanidad en este mundo, tan innegable que la verdad está en Jesucristo y en su Iglesia, ea, pues, dime tus pecados... Con esa tranquilidad y plácido alborozo que dá la limpieza de conciencia, salió *Panchito Blanco* del templo, en cuyo umbral encontré á un paisano que venía hecho un mar de lágrimas porque acababan de ponerle la cuenta en la mano: ¿qué te pasa Andrés? preguntó nuestro amigo,—que quieres que me pase que me acaban de despedir por una equivocación,—¿como fué eso? Veras, te lo voy á explicar: llegó un gran señor preguntando por mi amo y al decirle que me dijera su nombre, respondiome, anunciarás al Excmo. Sr. D. Juan Manuel Milla-Berdugo y Pérez de Venuiegra, Caballero veinte y cuatro de la ciudad de Jerez. Yo entré en el despacho y le dije Señor, ahí está

D. Juan, D. Manuel, un millón de Berdugos, el Sr. Pérez, diez negras, veinticuatro Caballeros y la ciudad de Jerez, y todavía me estoy rascando del puntapié que me arreció mi amo en salvo sea la parte.





PERICO RATA

Si el célebre autor de la escala cromética (1) aplicada á los seres hubiera vivido el año 1893, se diría que había tomado el paradigma al forjar su pseudo sistema, del que encabeza esta semblanza escarchada, porque su físico más bien parecía de macaco que de hombre; el labio inferior le colgaba como una cuarta de bofe, la cabeza caída como un higo pasado, los ojos dos punzadas, alojándosele en cada lagrimal una legaña como un cundi y su aspecto de gorila; pero también de la cuerda de los vanidosos y afanosos de popularidad, con la circunstancia que su acometividad é iniciativa terminaban siempre con el mayor y estruendoso fracaso, hasta el extremo que aun se repite en Jerez cuan-

(1) Darwin.

do se observa una plancha fenomenal, anda que has quedado peor que *Perico Rata!*

* * *

Ya se le escuchaba con tanta prevención, que bastaba fuera repetido cualquier hecho por *Perico*, para que instintivamente todos dijeran ¡mentira! De tal tamaño eran sus embustes: nadie como él montaba á caballo, él era inteligente en campos y ni el propio Zaragozano de libro precedía con tanta seguridad las contingencias atmosféricas, se reputaba como autoridad indiscutible en el arte de Cúchares, presumía de valor como *Meango*, y aunque no había visto más allá de la torre de San Miguel, hablaba con singular desparpajo del Ton-Kin y de Turquía, como si fuera de la dehesa Boyár: pero donde su verbosidad rayaba en el delirio, era cuando trataba de las Américas.

Cierto día, acompañado de sus camaradas bebía sendas cañas en la tienda de los franceses y hecho dueño de la reunión, tomó la palabra y sin toser ni estornudar, hablaba de la gran Antilla, de la feracidad de sus campos, del gusto exquisito del plátano y de la caña; de la hermosura y vehemencia del amor de las cubanas, de... Todos le escuchaban con el propio recelo del que oye una letanía de mentiras, y aunque ninguno

le interrumpía, no obstante, no faltaban miradas insinuantes, tactos de codo que hacían presagiar una de tantas planchas que dejaban como siempre á *Perico-Rata* á la altura del betún: yo (decía) no me daba cuidado de volver á Cuba, porque le saqué muy buenos cuartos y del último viaje tengo gratisimos recuerdos, entre ellos este traje que lo compré con el dinero que gané allí. ¿Qué tú has estado en América, *Perico*? Le preguntó un impaciente;—sí que estuve, y ahora verán ustedes como fué mi viaje: vino á Jerez una compañía de Titeres á la Plaza de Toros y el final de la función consistía en soltar un globo, yo estaba en la Cárcel cumpliendo ocho dias por un guantazo que le arrimé á un sereno y me ofrecieron la libertad y diez duros si me subía, deseguida acepté y después de despedirme de mi familia, embarqué en medio del aplauso general, yo subía.... subía.... y Jerez parecíame del tamaño de una naranja, pero cuando se acabó el gas bajaba cortando y caí de cabeza en América.—Caistes en Caulina, replicaron todos;—no, que caí en América,—anda *Perico*, que mientes más que parpadea.--Pues señor es, terminó *Perico Rata* caí en América, porque caí en un vallado de higos americanos; ¿no es lo mismo? Y ahora le voy á referir á ustedes lo que ví en América: allí me encontré con la mejor botica del mundo, quiero decir la más surtida, hallándome yo en

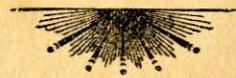
ella, llegó la visita del Gobernador para inspeccionar los productos y ver si tenía todo lo necesario.

¿Tiene Vd. espíritu de vino? preguntó. Si señor, replicó el farmacéutico enseñando un tarro.—¿Y espíritu de sal? También, hele aquí.—¿Y espíritu de amoníaco? Como este.—¿Tiene Vd. espíritu de contradicción...? Quedose pensativo el boticario y al cabo de un rato exclamó, ya está aquí, ¡¡Antonia, baja!! aquí le presento á mi suegra.



INDICE

	<u>Páginas.</u>
Carta Prólogo	5
Cantina	9
Macarrón	13
El Mauro.	19
Triguito	25
Paquirri	29
Cirineo	35
Solano	45
Panchito Blanco	49
Perico-Rata	55



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pesetas

Sermòn de San Dionisio Areopagita, Patròn de la M. N. y M. L. Ciudad de Jerez de la Frontera	1
Sermòn del atentado á los Reyes D. Alfonso y D. ^a Victoria Eugenia	1
Septenario á Nuestra Madre y Señora de la Soledad	0'20
Reflexiones sobre los Malhechores del Bien (inérita)	
Recuerdo de la Hermandad de Ntra. Señora de la Soledad. Súplica dirigida á la Sma. Virgen desde el balcón que da frente á la Iglesia de la Victoria de Jerez de la Frontera	0'50
Jerezanos escarchados	1

